

no se le pueden aplicar métodos, medidas o interpretaciones que se basen en el directo contacto con el arte pictórico, y, por consiguiente, referir su presencia a alguna causa carencial, a agotamiento, escasez o incapacidad de perspectivas en aspectos formales o de realización, y, menos aún, en pruritos intelectuales, influencias literarias, prejuicios u obsesiones que tanto pueden desviar la verdadera personalidad; todo lo que contribuye a relajar o mixtificar al arte contemporáneo. (El papanatismo, la pedantería o la pirueta no se conocían en su tiempo, o no se habían tomado en serio por la crítica magistral, que afortunadamente, tampoco existía).

El arcaísmo de Morales, que no deja de ser un precioso punto de referencia y un seguro—por lo constante— dato de orientación, para el restaurador interviene, sólo, de un modo parcialmente determinante en su arte, por lo que, en definitiva, no debe llevarse más allá que a una coincidencia con modos retrospectivos que asimilándolos por vía sensorial, plasmó por vía subconsciente, por aquella misma vía que nos permite expresarnos en prosa, *sin darnos cuenta*.

* * *

Sería interesante sacar otras consecuencias sobre ese retraso de Morales, que hace inmóvil su pintura al fijar su visión en un punto, no muerto, pero sí fijo; un punto extático, que es la réplica exteriorizadora de aquel éxtasis que vislumbramos en su vida interior, al abrírsenos místicamente; pero este y otros aspectos de Morales exigen un espacio que no tenemos aparte de otras cosas más importantes que nos faltan totalmente.

Y si nos hemos detenido, bastante más de la cuenta, en algunos, ha sido porque los juzgamos fundamentales para sus restauradores, los que, antes de encontrarse con un creador, reformador o revolucionario de las formas y conceptos de la tradición pictórica se encuentran con la imagen plástica más expresiva de la humildad cristiana, con el artista que más voluntaria y resignadamente se esclavizó a un mundo real que no estimó por sí, entregándose a él, sin embargo, con amor entrañable, aunque sólo para ascender a las libérrimas regiones del arte sin nombre; no sin dejar en su penosa ascensión los girones de algunos valores humanos que persisten en su eternidad.

JOSÉ DE HINJOS



EL CORAZON EN LA VIDA

«¡Dichoso el hombre a quien castiga Dios!»

(De «El libro de Job»)

Para ARSENIO PACIOS

Cómo estrujas, Señor,
mi existencia en tus manos
como si fuese un monte
mi corazón amargo.

Cómo apuñas, Señor,
en mis momentos malos,
como si fuese roca
mi corazón amargo.

Cómo dueles, Señor,
en tiempo desbordado
por el camino incierto
de mi andar solitario.

Señor, aunque no pueda,
aunque esté destrozado
revolvándome en tierras
y me consuman años,
tú sigue con tus dedos
animoso estrujando,
tú sígueme cogiendo
el corazón amargo

hasta que no contenga
ni una gota de llanto,
hasta quedar vacío,
silencioso y nostálgico,

hasta quedar en hoja
otoñal entre el barro
de cualquier madrugada
o cualquier camposanto.

Señor, cuando destiles
mi corazón amargo
de las últimas gotas
que me están derrumbando

palpitará mi espíritu
en vuelo por tu espacio,
en ansia de tenerte
eterno en el abrazo.

No importa el ir sufriendo,
Señor, si son tus labios
los que nos van bebiendo
la vida que dejamos,
sí, luego, nos enciendes
el alma con tu cántico,
si los dos somos uno
en el Amor, amando

Tú sigue, Señor mío,
día a día apretando
como si fuese el mundo
mi corazón amargo.

JESÚS DELGADO VALHONDO